



MANUEL FRAGA IRIBARNE

In memoriam.

Manuel Fraga Iribarne (1922-2012)

SER POLÍTICO EN EL MUNDO ACTUAL

El patrono de la Fundación FAES y presidente fundador del Partido Popular, Manuel Fraga Iribarne, don Manuel, como era conocido por todos los que le apreciábamos, falleció el pasado 15 de enero. Como político, como catedrático y como ser humano, don Manuel fue un hombre extraordinario y de un carisma excepcional. En recuerdo y homenaje a su figura, obra y trayectoria recuperamos en *Cuadernos de Pensamiento Político* esta conferencia magistral suya que apareció publicada hace casi diez años en *Veintiuno*, la revista de la antigua Fundación Cánovas del Castillo que él fundó y presidió. Las palabras que siguen son toda una lección política de quien dedicó lo mejor de sí mismo al servicio de España.

Voy a cumplir, en noviembre¹, 80 años. Mis padres, con diez años de diferencia, que era lo que se llevaban, murieron a los 80 años. Soy, por ahora, el decano, es decir, el más antiguo de los políticos españoles en activo. He sido profesor de Ciencia Política durante varios años y uno de los fundadores de la Facultad de Ciencias Políticas, en la Universidad de Madrid. Eso me hace valorar, especialmente, el trabajo importante, y ciertamente difícil, de esta escuela. He viajado por gran parte del mundo, y fui embajador en Londres, pudiendo observar allí uno de los modelos reconocidos de una política estable y civilizada, así como de una Administración Pública eficiente.

¹ Nota del editor: Aunque se respeta la literalidad de la conferencia, el lector debe considerar que fue dictada el 31 de mayo de 2002, en la Escuela de Estudios Políticos de Moscú. Fue publicada originalmente en la revista *Veintiuno*, nº 56 (Invierno, 2002-2003).

Me ha tocado vivir, sin participar en ella (tenía 13 años, en 1936), la última Guerra Civil de mi país –¡Dios quiera que sea la última!–; después de un siglo largo de prolongada crisis política, social y económica. También tuvimos un Imperio que se derrumbó en 1898. A partir de 1951, y ya con alguna experiencia en la Administración Pública (como funcionario, donde había llegado previo concurso público), he ejercido diversos cargos públicos, de varios niveles; he sido dos veces ministro: primero, de Información y Turismo (de Información quiere decir que me tocó acabar con la censura y crear una prensa libre, y de Turismo, que quiere decir, no teniendo petróleo por desgracia, haber creado una de las fuentes de riqueza más importantes que ha permitido nuestro desarrollo); después, en el momento mismo de la Transición, fui ministro de la Gobernación, que hoy se denomina Interior, y que en ese momento no hay que explicar que era una gran responsabilidad. Participé de modo muy activo en nuestra última transición política, a partir de 1975; fui uno de los redactores de la actual Constitución de España; fundé un Partido (Alianza Popular) que, después de diversas incorporaciones y relevos generacionales –mi ilustre sucesor en la presidencia, y hoy presidente del Gobierno, José María Aznar, acaba de estar en Moscú en su función actual de presidente del Consejo Europeo– es actualmente el Partido Popular de España y la fuerza mayoritaria del país. Establecido por la Constitución un sistema de amplia autonomía para las regiones (17 en España), en función de fenómenos geográficos e históricos, de diferente tamaño y población, regresé a mi región natal, Galicia, en el Noroeste de Península Ibérica, donde soy presidente regional del Partido Popular, y presidente (por cuarta vez, con mayoría absoluta, dentro del sistema proporcional de representación) del Gobierno autónomo regional.

En definitiva, he analizado como teórico, y he vivido en la práctica, todos los problemas y dificultades de la vida política –porque les advierto a todos, jóvenes con vocación política, que entran en un sitio muy difícil–; todo ello en un mundo cambiante, fin de siglo e incluso de milenio. Desde esa experiencia (que, por supuesto, no ha estado exenta de errores y de fracasos), voy a intentar responder a la pregunta que se me ha formulado, al recibir la amable invitación (que mucho me honra y agradezco), de disertar sobre qué es ser político en el mundo actual.

Voy a intentar hacerlo, plenamente consciente de la dificultad del empeño, aceptando de antemano la gran probabilidad de defraudar su generosa atención, pero siempre desde el intento de hacerlo de buena fe y con plena sinceridad.

EL POLÍTICO

He de empezar por reconocer que no se trata de una palabra que disfrute de un reconocido prestigio para muchos (en algunos países es la más desprestigiada de las profesiones). Algunos creen que el político es un personaje aprovechado, interesado, hipócrita, que promete más de lo que puede cumplir, que usa la retórica para engañar al electorado, que es propicio a la corrupción y al engaño. Nosotros tuvimos un político que fue un gran orador en los años 20. Fue exitoso en la práctica política, después de obtener una brillantísima ovación, al demostrar unas tesis, al final de un homenaje que le hacían sus partidarios, cuando terminó la oración, dijo: “¿queréis que ahora os demuestre lo contrario?” Yo nunca he sido ese tipo de político, para bien o para mal.

Es frecuente la distinción entre el verdadero hombre de Estado, capaz, como dice un famoso, y tal vez demasiado repetido lema literario, de pensar alto, sentir hondo y hablar claro; una persona de profundas convicciones y arraigado sentido ético, para diferenciarlo del “político vulgar”, que solo busca el éxito inmediato, que defiende intereses poco claros e incluso manifiestamente egoístas o inmorales, y que, por lo mismo, merece poca o ninguna confianza y respeto.

La verdad es que de todo esto hay en la vida política real, pero, eludiendo el mundo de la utopía y de la perfección absoluta, que probablemente no es de este mundo, en la actividad política, como en cualquiera otra, los hombres y las mujeres actúan como en el resto de la vida, con sus virtudes y con sus defectos. Político es el que hace de la política, del juego del poder y de la administración pública, su dedicación principal o incluso única; y ello independientemente de sus éxitos o de sus fracasos, de sus momentos de clarividencia o de estupidez, de sus deseos de altura moral o de sus debilidades ante la tentación. En Inglaterra alguien dijo que si el Reino Unido estuviera

gobernado por sus funcionarios, su famoso servicio civil, con criterios puramente técnicos, durante algún tiempo sería el país mejor administrado del mundo, pero que después los mismos funcionarios aparecerían colgados de las farolas de la capital. Porque la política exige que alguien explique los proyectos al público, y pueda llegar a acuerdos y compromisos con los diversos sectores de opinión y de intereses. Ese es el papel del político: formar mayorías de gobierno y aceptar concesiones ante las minorías disidentes.

Es obvio que el político desea triunfar, por convicción en sus propias ideas y propuestas, y también por un legítimo orgullo de ser el mejor, al servicio del pueblo; ello supone también la posibilidad de fracasar y de aceptarlo definitiva y patrióticamente, como lo hizo Coriolano en Roma. Hay que releer de vez en cuando aquel drama de Shakespeare sobre este personaje a quien la mayoría traiciona en Roma, que siente el deseo de atacar Roma unido a sus enemigos y que cuando recibe a su madre o a su esposa decide aceptar la derrota patrióticamente. Es obvio que el verdadero triunfo deriva del nivel y la importancia de los servicios que se logran para la mayoría, para el conjunto de la sociedad; esos son los políticos que logran un respeto duradero. Por desgracia, no faltan malos políticos que procuran ventajas para ellos mismos, para su familia, para sus amigos, para grupos determinados de intereses; e incluso hay que admitir que, en algunos casos, el mejor de los políticos, el más serio, tiene que hacer concesiones para sacar adelante lo esencial sobre algunos puntos a algunos grupos influyentes, para poder realizar acciones que interesan a la mayoría; porque nada, o muy poco, se puede conseguir sin la ayuda de otros, sin crear organizaciones numerosas, sin medios económicos, sin el apoyo de grupos diversos, los cuales no todos son desinteresados; pero lo importante es el resultado final: que sea más lo positivo que lo negativo.

Reconocido todo esto, vamos a intentar exponer un tipo ideal de actor político, partiendo de la base de que raramente se consigue todo a la vez, y admitiendo que la diversidad de tradiciones culturales fuerza a reconocer que todo intento como este obliga a matizaciones y precisiones concretas, en función de las circunstancias históricas y el modo de ser de cada pueblo. Y siempre recordando que la perfección rara vez se alcanza en este mundo, y menos en política.

LA FUNCIÓN DEL POLÍTICO

Dicho todo lo anterior, ¿qué es lo que debe hacer un político?

En primer lugar, intentar establecer y mantener un orden social aceptable. Del mismo modo que la naturaleza aborrece al vacío, la sociedad no tolera largo tiempo el desorden.

Este es un milagro permanente; no hay “pastores divinos” que bajen del cielo a gobernar a los hombres, como ya señaló Platón; un hombre (que es “poco más fuerte que otro”, como dijo Hobbes) ha de gobernar a otros; unos pocos a la gran mayoría; esta es la realidad. Durante milenios, el orden agrario facilitó las cosas; la tierra producía un orden social natural. Hoy no es así, y los cambios constantes en la tecnología y los métodos de producción, unidos a la mayor complejidad de la vida urbana, y a la rápida difusión de los medios de comunicación, producen un orden social más complicado, más frágil y más inestable. Y dentro del ya establecido, hay que promover ideas, planes y programas para el bien común, de grupos humanos cada vez más numerosos y exigentes.

Los temas son ilimitados, si bien cabe destacar algunos de los más obvios e importantes. Hay que asegurar la seguridad básica, interior y exterior; es necesario establecer un orden de justicia, capaz de mediar en los inevitables conflictos sociales, evitando que lleven a soluciones violentas; hay que lograr un sistema económico, capaz de garantizar niveles mínimos de subsistencia, para todos; hay que garantizar servicios sociales que permitan una vida aceptable, lo que Aristóteles llamaba la “buena vida”; puntos clave son, evidentemente, la educación, la sanidad, la lucha contra la marginación, la defensa de una vida familiar digna.

El instrumento básico para conseguir todo ello es un sistema razonable de poderes públicos. La ordenación de los mismos, la Constitución, es una cuestión capital; en primer lugar, en cuanto a su legitimación, que hoy, en general, no puede ser otra que la democrática (en muy diversas formas), respetando por supuesto los casos de determinadas tradiciones culturales. La Constitución, por otra parte, ha de distribuir armónicamente los pode-

res (suele hablarse desde Montesquieu del poder legislativo, ejecutivo, judicial; y hoy mucho más en un país extenso como es el caso de Rusia se valoran también, y especialmente, los poderes territoriales) de forma que a la vez colaboren en lo esencial y también se equilibren recíprocamente.

Siendo obvio, por otro lado, que en las grandes y complejas sociedades de nuestro tiempo es prácticamente imposible (como ya reconocieron los romanos) la democracia directa, que aún se practica en algún cantón suizo, es inevitable la creación de partidos políticos que coordinan el conjunto del sistema, a la vez que compiten entre sí por su control e impulsión. Parece haber, por qué negarlo, una “ley de bronce de las oligarquías”, es decir, de grupos que, contando con la adhesión y apoyo de las mayorías, respondan del funcionamiento del sistema; en las que el político pueda actuar, ascender (o ser eliminado), permanecer y actuar, como la tripulación de un barco.

LA DINÁMICA POLÍTICA

Asentado el sistema, hay que actuar dentro de él. Siempre el ideal ha de ser la vocación fundamental del político; siempre lo mejor ha de ser su *objetivo* último, y si no es capaz de infundir ilusión no conseguirá ninguna otra cosa. La vida de los hombres, de las mujeres, de los niños, de los ancianos, de los enfermos, y cómo mejorarla, es lo que realmente nos obliga y nos motiva. Hay que ser realista, los medios son limitados, no se puede hacer todo al mismo tiempo; hay que saber establecer prioridades aceptables, hay que optar, muchas veces, por el mal menor, si no se puede lograr inmediatamente el bien mejor.

Los hombres somos como somos, es decir, imperfectos; es maravilloso poder inspirar a grupos ejemplares, pero hay que contar con lo posible. Por ello, toda realidad política incluye la negociación, el acuerdo, el sacrificio de algo para lograr otra cosa más importante y más urgente. Por otra parte, hay también límites racionales y éticos a los que no se puede renunciar; hay líneas rojas que no se pueden atravesar. El fin puede justificar algunos medios, pero no todos. Este es el terreno real, difícil y a menudo resbaladizo de toda política. Siempre he creído en dos principios básicos de la prudencia política: la doctrina aristotélica del “justo medio” (“*medio-*

tés”), huyendo de los extremos y buscando lo posible; y, si hay que escoger, procurar que, por lo menos, se logre el mal menor.

En resumen, el político ha de ser un hombre con claros principios éticos; con vocación de servicio social; capaz de entenderse con la sociedad, en su conjunto; y llegar a ella de un modo natural. Los romanos hablaban del “*vir bonus, dicendi peritus*”; es decir, el hombre bueno, capaz de expresarse. No sé lo que hubieran dicho si hubieran conocido la televisión.

Huelga decir la aumentada complejidad de este concepto en nuestra sociedad mediática.

CONCLUSIÓN

He de confesar, para terminar, que no es fácil ser político; siempre son más los problemas y las dificultades, que la capacidad para darles solución. Parfraseando un viejo refrán español, para ser político hay que tener algo de santo, algo de poeta y algo de loco. La verdad es que todos tenemos algo de todo eso, pero la combinación y la proporción de los tres factores arroja resultados a la vez humanos, demasiado humanos, y siempre difíciles.

Nos ha tocado vivir, además, una época de cambios sociales en un número, en una radicalidad y en una velocidad sin precedentes en la historia. Y, por supuesto, los intentos de interpretación y de dirección de los mismos no resultan fáciles, ni facilitan el trabajo y la credibilidad del político.

En situaciones históricas precedentes, estos tiempos de cambio iban, en general, acompañados de motivaciones religiosas; el intento de reemplazarlos por movimientos ideológicos, normalmente acompañados de propuestas revolucionarias y tendencias totalitarias y opresoras, no parece haber mejorado la situación.

Hoy, después de breves intentos de reduccionismo y de lo que algunos han llamado “pensamiento único”, se vuelve a confrontaciones profundas, dispuestas a utilizar instrumentos tan poco justificados como el *terrorismo*,

en todas sus formas. Ello aumenta, sin duda, la responsabilidad personal e histórica de los políticos.

Desde los filósofos chinos y los griegos se buscan fórmulas para interpretar, dirigir y mejorar la acción política. Considero un acierto de este Instituto ensayar el intercambio de experiencias, así como el de ideas, en un mundo cada vez, nos guste o no, más globalizado.

Por mi parte, y esta es una confesión personal importante, no me arrepiento de haber aceptado y prolongado una vocación política; pero debo igualmente reconocer que no he aconsejado este duro camino a mis hijos, ni a los hijos de mis amigos. Es cierto que la Humanidad ha probado todas las fórmulas y todos los sistemas políticos, con diversa fortuna, y sigue intentando aclarar cómo se puede mejorar. Lo único cierto es que mientras haya hombres existirán sociedades humanas, y en ellas habrá política y, por lo mismo, políticos.

Por supuesto, no quisiera que mis palabras sirvieran de desánimo para nadie, lo mismo en el terreno de la ciencia que en el de la práctica política. Solo he querido llamar la atención sobre la especial responsabilidad que ello implica. Y, por supuesto, también la abstención es causa de responsabilidades.

Agradezco, en todo caso, la oportunidad única que se me ha ofrecido, y deseo a esta Casa, a quienes la dirigen, y a todos los amables oyentes, que perseveren en su espíritu de servir a la gran Rusia y a toda la Humanidad. Porque no es dudoso que Rusia habrá de tener siempre una especial importancia en los destinos de este mundo.

PALABRAS CLAVE

España • Manuel Fraga • Ciencia Política

ABSTRACT

FAES Foundation's trustee and founding president of the Partido Popular, Manuel Fraga Iribarne, or don Manuel, as he was called by all who esteemed him, passed away last January 15. As a politician, as a Professor and as a human being, don Manuel was an extraordinary man of exceptional charisma. In memory and homage to his figure, work and career, we have recovered for Cuadernos de Pensamiento Político this master conference written and delivered by him and published nearly ten years ago in Veintiuno, the journal of the old Cánovas del Castillo Foundation created and chaired by him. The words hereunder remain a genuine political lesson of a person who devoted the best of him to the service of Spain.